



Universidad Pontificia Comillas
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

Trump vs. Macron: el conflicto climático

Disquisición explicativa de la actualidad y de las teorías e intereses que fundamentan las posiciones de ambos mandatarios

Estudiante: **Eloy Rodríguez Fernández**

Director: Dr. José María Marco Tobarra

Madrid, abril de 2018

Índice

I. Objeto del trabajo y motivación	2
II. Objetivos.....	3
III. Hipótesis	4
IV. Metodología	5
V. Estado de la cuestión y marco teórico	6
Estado de la cuestión	6
La posición escéptica	10
La posición intervencionista	17
VI. Análisis y discusión	24
Donald Trump	24
Emmanuel Macron.....	29
VII. Conclusiones y propuestas	35
Bibliografía	40

I. Objeto del trabajo y motivación

El cambio climático constituye un tema recurrente y relevante en las relaciones internacionales. De hecho, no solo representa una indiscutible preocupación en la actualidad entre las más altas esferas del poder y de los órganos decisores, sino que también se perfila como un tema que, de cara al futuro, apunta a adquirir mayor importancia. Por estas razones, un análisis del mismo resulta particularmente pertinente de cara a una comprensión más profunda de sus características y, de forma paralela, de los mecanismos y canales por los que discurre el poder y la toma de decisiones en la escena internacional.

No obstante, la elección de estudiar el cambio climático no solo surge del interés suscitado por su relevancia, actualidad y vertiente futura, sino que también reside en el hecho de que muchas veces se opina sin conocer de verdad los datos que justifican un posicionamiento u otro, propiciando la creencia preconcebida en la versión que más se ajusta a nuestras preferencias políticas. En mi caso, concretamente, considero que mi preocupación por el cambio climático y el apoyo a medidas de corte intervencionista, así como, por ejemplo, la asociación inconsciente de catástrofes naturales con él, se deben más a la educación, entorno y creencias propias de la sociedad en que vivo que a un conocimiento profundo por los datos y las teorías que circulan en torno al tema. Es por ello que, tanto en mi caso como en el de otras personas que puedan encontrarse en la misma situación, considero que un tema de tanta importancia y consecuencias políticas, económicas y sociales merece un estudio pausado y ponderado.

En este sentido, y en aras de la objetividad, pretendo abordar la cuestión con honestidad. Tal como ya menciono anteriormente, soy una persona preocupada por el cambio climático y por las posibles y nefastas consecuencias que pueda acarrear. Desde toda la vida, la educación que he recibido me ha hecho tomar conciencia de la importancia de cuidar los recursos de que disponemos, como el agua, la luz o la comida, traduciéndose esta conciencia, por ejemplo, en comportamientos cotidianos como tratar de gastar el mínimo posible de agua y luz y reciclar. No obstante, a lo largo de este estudio pretendo dar un paso atrás y coger cierta altura, de cara a describir ambos

posicionamientos con la mayor objetividad posible. De esta forma trataré de evitar llegar a conclusiones preconcebidas y dar una dirección sesgada al trabajo.

II. Objetivos

El objetivo de este estudio, por tanto, es claro: pretende arrojar luz sobre las bases que justifican, por un lado, el planteamiento de los llamados escépticos del cambio climático y, por el otro, la preocupación propia de los llamados intervencionistas.

Para hacerlo, este estudio primero precisará el estado actual en que se encuentra el tema. Como sabemos, el Acuerdo de París constituye el referente más actual en materia de política medioambiental a nivel internacional. Además de explicar sus características e implicaciones, su descripción también servirá para mencionar las diferencias existentes entre los distintos posicionamientos. Aquí, concretamente, destacan las posiciones diametralmente opuestas que adoptan los presidentes de los Estados Unidos –Donald Trump– y Francia –Emmanuel Macron–.

A partir de ahí, procederé a explicar los fundamentos de cada una de las posiciones. Por un lado, la escéptica se basa sobre todo en la creencia en que existe una exageración intencionada de datos y una elección tendenciosa de estadísticas para generar conciencia acerca del cambio climático. Por esta vía, cuestionan que represente una prioridad política y, por extensión, la dotación de recursos destinados a reducir el impacto medioambiental causado por el hombre.

Por el otro lado, la posición intervencionista, que recibe un mayor consenso entre los científicos del mundo, justifica su posición alegando que el tren de vida del mundo es insostenible y que debemos actuar con urgencia para corregirlo. Lo contrario conduciría a un incremento alarmante del nivel del mar, la extinción de especies, el empeoramiento de la calidad de nuestro aire y, sobre todo, un aumento intolerable de la temperatura mundial. Además, cuanto más tarde empecemos a actuar, mayor será el coste necesario para revertir sus efectos y algunos de estos quizás se muestren irreversibles.

Una vez presentado el tema desde estas perspectivas desencontradas, comenzará la parte analítica del estudio. En este sentido, este trabajo analizará las razones

subyacentes por las que ambos presidentes se han decantado por su respectivo posicionamiento. Es decir, más allá del convencimiento teórico, se tratará de descifrar el telón de fondo de ambas decisiones, tratando de vincularlas a los distintos intereses nacionales que los líderes defienden y promueven.

Respecto a Trump, no cabe duda de que optar por salirse del Acuerdo de París responde a su escepticismo frente a la cuestión climática. Sin embargo, y sin perjuicio de lo anterior, su decisión también se enmarca dentro de una línea política más amplia, caracterizada por factores presentes en otros objetivos perseguidos por su administración, a saber: la protección del sector del carbón; la protección de las empresas estadounidenses y del mercado interior; el retraimiento de Estados Unidos de la escena internacional; el desprestigio de la vía multilateral; y, sobre todo, priorizar los objetivos de los Estados Unidos en detrimento de los internacionales.

Respecto a Macron, también podemos afirmar que su posicionamiento se erige sobre las bases teóricas promulgadas por la comunidad científica y, en particular, del órgano responsable de Naciones Unidas. No obstante, el hecho abordar el cambio climático como una prioridad y defender medidas intervencionistas no solo obedece a un planteamiento idealista, sino que también se concilia con objetivos realistas de distinta índole. Aquí, podemos citar los siguientes: ser pioneros en innovación tecnológica de cara al futuro en el ámbito del cambio climático (energías renovables, etc.); conseguir contratos para empresas nacionales en el exterior; perfilarse como un actor influyente en la escena internacional; y contrarrestar los efectos adversos que pueda acarrear el cambio climático, sobre todo en cuestión de seguridad, inmigración y estabilidad geopolítica.

III. Hipótesis

Este estudio, por tanto, tratará de justificar que las hojas de ruta de los presidentes Donald Trump y Emmanuel Macron no vienen dictadas meramente por cuestiones ideológicas sustentadas en los planteamientos teóricos, sino que estas también proporcionan la base para perseguir una serie de intereses concretos. Así, la parte analítica tratará de elucidar los intereses subyacentes perseguidos por cada uno de los mandatarios.

IV. Metodología

La metodología empleada para la elaboración de este trabajo se divide en función del tipo de fuente empleada. Una de ellas son las fuentes primarias. En este caso, que incluye el Acuerdo de París, discursos de Emmanuel Macron y tuits de Donald Trump, el propósito consistió en recabar información desprovista de matices, que refleje la materia oportuna en estado bruto. De esta manera, la información incluida en este trabajo corresponde a la realidad tal y como es, ya sea en forma de cláusula del referido Acuerdo o formulaciones específicas empleadas por cualquiera de los mandatarios.

Las fuentes secundarias, por su parte, se clasifican en dos grupos. Por un lado, los libros e informes utilizados, como *El ecologista escéptico* o los informes de los grupos de trabajo del IPCC, sirvieron tanto para recoger información de apoyo a los argumentos propuestos, como para absorber ideas y perspectivas atinentes a cada una de las posiciones descritas en el estudio. Por el otro lado, destacan los artículos de prensa o de think-tanks, como por ejemplo aquellos de *The Economist* o de *Brookings Institute*, que permitieron recabar datos e información concreta para sustentar razonamientos y argumentos de forma específica.

Así, este estudio partió de una base científica general para posteriormente centrarse en las particularidades del tema tratado, siguiendo el esquema trazado por las fuentes empleadas. Una vez expuesto el marco en que se desarrolla la política climática, hablamos aquí sobre todo del Acuerdo de París, se procedió a explicar las bases teóricas sobre las que reposan uno y otro razonamiento. Al analizar las razones que llevan a cada uno de los líderes a inspirarse de ellas, se incluyen argumentos de distinta índole que exponen una multitud de ramificaciones del tema troncal.

Finalmente, la conclusión hace una valoración del conjunto del trabajo. Tras resumir los puntos más importantes planteados en el mismo, se procede a aventurarse en las posibles consecuencias de cara al futuro que pueden suponer cada una de las posiciones asumidas por los dos mandatarios descritos a lo largo del estudio.

V. Estado de la cuestión y marco teórico

Estado de la cuestión

Hoy en día, el Acuerdo de París (en lo sucesivo, el «**Acuerdo**»), adoptado el 12 de diciembre de 2015, constituye el precedente más cercano en lo que se refiere a acuerdos internacionales de lucha contra el cambio climático. Inscribiéndose en la estela de otros acuerdos celebrados con el mismo fin, como el Protocolo de Kyoto, fruto de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, el Acuerdo promueve una perspectiva novedosa en cuanto a la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero por parte de los Estados. Mientras que dicho Protocolo vinculó los Estados parte a reducir una cantidad determinada de emisiones, el Acuerdo permite que sean los propios Estados quienes determinen las contribuciones que son capaces de realizar y se fijen sus propios objetivos de reducción de contaminación antropogénica¹. Así, ofreciendo flexibilidad, el Convenio trata de atraer el máximo número de Estados posible.

Desde esa perspectiva, el Acuerdo resulta todo un éxito. Desde la fecha en que se abrió el proceso de firma, el 22 de abril de 2016, 195 Estados han decidido firmarlo y a fecha de hoy se compone de 175 Estados parte. El Acuerdo entró en vigor el 4 de noviembre de 2016 con arreglo a lo dispuesto en su artículo 21, apdo. 1, que fija como requisitos para la entrada en vigor que no menos de 55 Estados responsables de un total estimado de al menos 55% de las emisiones de gases con efecto invernadero lo hayan ratificado. Así, el Acuerdo empezará a surtir efectos a partir de 2020, fecha en que caduca el Protocolo de Kyoto. No obstante, los distintos Estados parte ya se encuentran inmersos en el proceso previo, trazando planes y estrategias para cumplir los objetivos que se han fijado.

Si observamos el Acuerdo desde otra perspectiva, sin embargo, nos damos cuenta de que presenta una mancha. En efecto, pese al éxito que representa, la reciente elección de Donald J. Trump ha propiciado que los Estados Unidos declaren su intención de marcharse del Acuerdo. Así lo anunció el mandatario norteamericano a través de un

¹ Aquella causada por la acción del hombre.

comunicado de prensa el pasado 1 de junio de 2017, en el que afirma que los Estados Unidos se retirarán del mismo con la voluntad de negociar condiciones más favorables que los inciten a volver (Trump, 2017). De esta forma, Trump cumplió una promesa que repitió en numerosas ocasiones durante su campaña electoral.

Un asunto que, sin embargo, no explicó durante dicha campaña es la forma en que pretende denunciar el Acuerdo. A simple vista puede parecer insignificante, pero cabe señalarlo porque resulta más difícil de lo que parece y sin duda condicionará la sucesión de acontecimientos. Si nos fijamos en las cláusulas del Acuerdo, observamos que ofrecen una serie de pautas en caso de que un Estado desee retirarse del mismo. Concretamente, el artículo 28 dispone que:

«1. Cualquiera de las Partes podrá denunciar el presente Acuerdo mediante notificación por escrito al Depositario en cualquier momento después de que hayan transcurrido tres años a partir de la fecha de entrada en vigor del Acuerdo para esa Parte.

2. La denuncia surtirá efecto al cabo de un año contado desde la fecha en que el Depositario haya recibido la notificación correspondiente o, posteriormente, en la fecha que se indique en la notificación.

3. Se considerará que la Parte que denuncia la Convención denuncia asimismo el presente Acuerdo.» (ONU, 2015)

Como vemos, el procedimiento de denuncia imposibilita que los Estados Unidos puedan simplemente decidir abandonar el Acuerdo de un día a otro: tendrían que esperar al menos tres años a contar desde la fecha de entrada en vigor para notificar su intención —es decir, no antes del 4 de noviembre de 2019—. Asimismo, una vez notificado el Depositario (António Guterres, secretario general de Naciones Unidas), deberá transcurrir un año antes de que prospere la denuncia.

Existe una alternativa a ello, consistente en denunciar la propia Convención Marco, que engloba el Protocolo de Montreal de 1987, el Protocolo de Kyoto de 1997 y el Acuerdo, desencadenando así la salida de todos ellos. El artículo 25 de la Convención recoge las mismas limitaciones que el Acuerdo en cuanto a su denuncia, por lo que los Estados Unidos podrían desvincularse de la Convención Marco en el plazo de un año (ONU, 1992). Sin embargo, el coste diplomático de esta medida

sería considerablemente mayor, por lo que resultaría más difícil que la administración Trump decida emprenderla.

En cuanto a la denuncia del Acuerdo, una vez calculados los plazos, constatamos que el mandato de Trump habrá concluido antes de que pueda formalizarla (Swanborough, 2016). Así, en caso de que no vuelva a ser elegido presidente, cabe la posibilidad de que los Estados Unidos no se retiren del Acuerdo, independientemente de si Trump decide o no iniciar los trámites correspondientes. De todos modos, de acuerdo con David G. Victor, un investigador de *Brookings Institute*, un think-tank, el Gobierno de Trump no tardará en reparar en los altos costes diplomáticos y las dificultades que entraña el abandono de un tratado vinculante (Victor D. G., 2016).

Con independencia de lo anterior, lo cierto es que la declaración de Trump supone un duro golpe a la lucha contra el cambio climático y podría acarrear múltiples consecuencias. En primer lugar, teniendo en cuenta que se trata de la primera potencia mundial, la salida de los Estados Unidos restaría influencia al Acuerdo y desincentivaría que otros Estados lo ratifiquen o, incluso, permanezcan en él.

En segundo lugar, el Acuerdo no solo sienta las bases para comprometerse a reducir las emisiones contaminantes, sino que también proporciona mecanismos de cooperación entre países. Así, muchos Estados, sobre todo de Iberoamérica, cuentan con la prestación de tecnología y recursos por parte de los Estados Unidos para hacer frente a sus obligaciones; otros, en vías de desarrollo, esperan apoyos financieros por parte de países desarrollados, de conformidad con los derechos y obligaciones recogidos por el Acuerdo. En ambos casos, como vemos, la denuncia de los Estados Unidos reduciría el alcance del Acuerdo.

En tercer lugar, porque los Estados Unidos, según indica el World Resources Institute, son responsables del 14,36% de emisiones a nivel internacional (WRI, 2017), una cantidad más que considerable a los efectos del Acuerdo, por lo que pondría en entredicho la viabilidad del cumplimiento del objetivo fijado. La buena noticia, si cabe, es que dicho porcentaje no representa una proporción suficiente

para quebrantar el Acuerdo, ya que las emisiones de los demás Estados parte —sin contar los Estados Unidos— ascienden a más del 55% mundial, un requisito para la entrada en vigor del Acuerdo, como ya se menciona antes.

Los Estados parte del Acuerdo son conscientes de estos percances. No obstante, durante la Conferencia de Bonn, celebrada entre el 6 y el 18 de noviembre de 2017, trataron de promover una atmósfera de optimismo y compromiso frente a las embestidas del presidente estadounidense. Su objetivo primordial consistía en mostrar la solidez del Acuerdo, así como la solidaridad y la unidad entre Estados. Así, durante esta Conferencia, también llamada COP 23², los distintos participantes acordaron un paquete de medidas orientado a alcanzar los objetivos dispuestos en el contenido del Acuerdo, a la espera de volver a reunirse en el marco de la COP 24 el próximo 7 de junio de 2018 en Katowice (Polonia).

Antes, concretamente el 12 de diciembre de 2017, París acogió una nueva cumbre con motivo del segundo aniversario de la adopción del Acuerdo. Así lo anunció el presidente Emmanuel Macron en los últimos compases de la pasada cumbre G20 celebrada en junio en Hamburgo, aprovechando la ocasión para demostrar su compromiso con el medio ambiente junto con su homólogo chino, Xi Jinping, por medio de un tuit que contenía una etiqueta con la famosa ocurrencia del primero: *#MakeOurPlanetGreatAgain* (en referencia al conocido propósito de Donald Trump «*Make America Great Again*»).

Desde su elección, Macron destaca por su preocupación por el cambio climático y su intención de multiplicar los esfuerzos tanto en Francia como en la escena internacional para mitigar sus consecuencias y garantizar los compromisos acordados en París. Tanto es así, que se ha consagrado como el adalid en este campo, contrastando de forma notable con la posición sostenida por su homólogo estadounidense. No solo representa un país importante de un continente clave en las relaciones internacionales, sino que también inspira un aire de renovación y dinamismo, algo que casa con sus objetivos a los efectos referidos.

² Por sus siglas en inglés, *Conference of the Parties*.

Así, se dibujan los dos frentes: por una parte, el líder estadounidense abraza posiciones escépticas en lo referente al cambio climático, con las que en cierta medida justifica sus planteamientos aislacionistas; y, por otra parte, Macron se postula como un defensor a ultranza de la cuestión climática, con un convencimiento impertérrito en que se debe actuar con suma urgencia.

No obstante, ¿qué razones incitan a cada uno a adoptar su posición? ¿Por qué mientras unos cuestionan el cambio climático, otros lo colocan entre las prioridades del orden del día y de las hojas de ruta? Existe un telón teórico de fondo, muchas veces obviado, sobre el que reposa cada uno de los planteamientos. Así, cabe describir ambas posiciones con el objetivo de comprender mejor las bases sobre las que reposan cuestiones tan trascendentales como las referidas. Para ello, primero nos centraremos en la explicación de la posición escéptica y, seguidamente, de la intervencionista.

La posición escéptica

Desde la irrupción de la preocupación por el cambio climático, que podríamos situar en las décadas de los años 70 y 80 con la aparición de informes de carácter trascendental como el Brundtland en 1987, relativo al desarrollo sostenible, la cuestión no cesó de adquirir peso en la escena internacional. Tanto a escala nacional como internacional, proliferó una multitud de ONG, como Greenpeace, fundada en 1971, que lograron canalizar su mensaje y concienciar la comunidad internacional. Afectando a cuestiones tan vitales como el agua, la electricidad, el ecosistema o la conservación del planeta, el grado de alerta se propagó con rapidez, captando la atención de una gran variedad de actores. Si a todo esto sumamos la intervención de los medios de comunicación y el respaldo de la ciencia, no resultan sorprendentes su irrupción galopante y su subsecuente inclusión entre las prioridades políticas internacionales.

No fue hasta el año 2001 que se ofreció un contraargumento consistente que frenara su avance. Efectivamente, el libro *El ecologista escéptico*, escrito por Bjorn Lomborg, supuso un hito en la perspectiva escéptica. El autor, un activista danés de Greenpeace en los años noventa, que posteriormente ejerció de profesor de estadística en la Universidad de Aarhus, en Dinamarca, decidió emprender la redacción del libro tras leer acerca de ciertas ideas alegadas por Julian Lincoln Simon, un profesor

estadounidense de la Universidad de Maryland, que sostenía que las estadísticas utilizadas para demostrar científicamente el cambio climático eran exageradas y se alejaban de la realidad³. Lomborg lo tomó como algo personal: como militante de Greenpeace y experto en estadística, se propuso contrarrestar los argumentos del profesor estadounidense investigando la materia por su cuenta. No obstante, para su sorpresa, comprobó que la tesis era cierta: tras cotejar estadísticas con las planteadas por institutos y revistas de corte intervencionista, Lomborg no solo llegó a la misma conclusión que el citado profesor estadounidense, sino que se embarcó en la elaboración de un estudio pormenorizado de los males que se achacan al cambio climático, sustentándolo en fuentes estadísticas de reconocido prestigio (entre ellas, destaca el uso de datos publicados por organismos de Naciones Unidas).

De esta forma, en su libro analiza un amplio rango de problemas medioambientales, a menudo presentados por artículos de revistas y periódicos como consecuencias nefastas del cambio climático, desmontando uno por uno su carácter catastrofista y urgente. El autor afirma que vivimos en una época de prosperidad sin parangón, ofreciendo análisis acerca de, entre otros, el estado actual de la esperanza de vida, el hambre, la riqueza y la educación en el mundo. Posteriormente, se adentra en el estudio de las preocupaciones medioambientales de cara al futuro, como son las fuentes de energía, la suficiencia de agua, el abastecimiento de comida, la presencia de biodiversidad y la amenaza de la contaminación atmosférica a todas las anteriores. El autor plasma una situación en que, si bien resultaría beneficioso mejorar en términos de eficiencia y de innovación tecnológica, el cambio climático no representa una amenaza sustancial a ninguno de los temas analizados.

A efectos del objeto del presente estudio, no procede detallar todos los argumentos expuestos por Bjorn Lomborg en su obra; sin embargo, para ilustrar su planteamiento y ofrecer una visión más completa de la cuestión, examinaremos algunas de sus

³ Su libro *The Ultimate Recourse II*, publicado en 1998, influyó notablemente en el pensamiento de Bjorn Lomborg. De hecho, la primera parte del libro de este último se basa en la premisa sostenida por Julian Lincoln: nunca hemos vivido una época tan próspera, las estadísticas invitan a mirar al futuro con optimismo y, por tanto, no debemos alarmarnos por el crecimiento de la población y el uso creciente de recursos naturales.

reflexiones que chocan en mayor medida con lo que podríamos llamar «creencias populares». Por ejemplo, el almacenamiento de basura constituye una preocupación social, pues nuestras sociedades industriales la producen cada vez en mayores cantidades. Tal como lo recoge en el libro, esto se refleja en declaraciones de personajes de la talla de Al Gore, exvicepresidente de los Estados Unidos, como las siguientes: «A medida que los vertederos se llenan, las plantas incineradoras contaminan el aire, y tanto las comunidades de vecinos como los estados intentan descargar sobre nosotros sus problemas de falta de espacio, [llegamos a la conclusión de que] se están agotando los sistemas para deshacernos de la basura, de forma que la eliminemos de la vista y de la mente» (Lomborg, pág. 295). No obstante, Lomborg desmiente que exista un problema de espacio: a razón de una media de 2kg/día que produce un estadounidense, la basura total generada en todo el siglo XXI en los Estados Unidos, mediando el aumento de población, un previsible descenso de deshechos y mayor eficiencia en el reciclaje, cabría en un cuadrado de 28km de lado, es decir, menos del 0,009% del territorio total del país (Lomborg, pág. 298).

Otro ejemplo es la suficiencia de agua. Muchas veces se afirma que constituye un problema mayúsculo de cara al futuro, que afecta tanto a la agricultura como a la población, y que podría incluso acarrear conflictos geopolíticos en zonas con especial escasez, como en Asia, por ejemplo, entre India y Pakistán. No obstante, bastaría con aumentar su precio, gestionarla mejor y cultivar de acuerdo con las realidades de los terrenos para mitigar los problemas que pueda conllevar. Asimismo, se prevé que zonas con especial falta de agua centren su economía en servicios en lugar de en la agricultura y que las mejoras en innovación reduzcan el coste de desalinizar el agua. En cuanto a los conflictos, la fundamentación carecería de sentido estratégico y económico, pues la guerra supondría un coste muy elevado (sin duda mayor que, por ejemplo, desalinizar el agua) y comportaría una considerable presión internacional, incluyendo posibles sanciones económicas y daño en la imagen-país (Lomborg, pág. 233).

Otro problema que genera especial concienciación es la disminución de la biodiversidad, lo que incluye tanto especies animales como vegetales. Algunas de las cifras reproducidas por autoridades e informes vaticinan la desaparición de 40.000 especies al año (Norman Myers y el informe Global 2000), entre el 25% y el 34% a largo

plazo (Informe Brundtland), el 25% en 50 años (Banco Mundial) o de la mitad de las especies animales y vegetales del planeta (Instituto Worldwatch). No obstante, una estadística más realista y ajustada establece como pronóstico la extinción del 0,7% de especies cada 50 años, lo que constituye sin duda un problema, pero no una catástrofe. Además, cabe señalar que muchas veces pensamos erróneamente que esto se refiere a especies grandes, como tigres, elefantes, lobos marinos o árboles de teca, mientras que en realidad se calcula que el 95% de esa cifra corresponde a insectos. Este factor contribuye indudablemente a que el problema revista mayor apariencia de gravedad (Lomborg, págs. 351-362).

En cuanto al calentamiento global, por último, el autor, lejos de desmentir su existencia, pone en tela de juicio que constituya una prioridad que justifique las cantidades ingentes de dinero destinadas a mitigar su avance. Teniendo en cuenta la previsión de que los países en desarrollo serán los más afectados, la inversión se realiza sobre todo pensando en ellos. Sin embargo, ¿no sería más eficiente ayudar a la generación actual a afrontar sus problemas que salvaguardar la futura de las consecuencias del calentamiento global? Mientras que la puesta en marcha del Protocolo de Kyoto costaría unos 150.000 millones de dólares anuales, Unicef cifra en 70-80 mil millones anuales la cantidad total que se necesitaría para proporcionar acceso a derechos básicos como la salud, la educación, el agua o el saneamiento a los habitantes del Tercer Mundo. Asimismo, se podría mejorar en términos de eficiencia si se destinara más dinero a la innovación tecnológica, incluyendo energías renovables o fertilización de océanos, para eliminar las emisiones de CO₂, en vez de dedicarlo a la reducción de las mismas. En definitiva, si reajustáramos nuestras prioridades, podríamos hacer un mejor uso de nuestros recursos actuales y atajar el problema que supone el calentamiento global de una forma más inteligente y eficiente (Lomborg, págs. 440-443).

Como vemos, la posición escéptica no niega la existencia del problema, sino que desconfía del carácter urgente con que a menudo se reviste. Estas pinceladas de la tesis del sociólogo danés ofrecen un acercamiento a la filosofía escéptica, pues impugnan las bases que justifican las medidas de corte intervencionista. No obstante, no abarcan todo su alcance. Lo cierto es que los escépticos del cambio climático, como el propio Donald

Trump, a tenor del estudio realizado para elaborar el presente trabajo, basan su desconfianza interna en argumentos como los referidos en los últimos párrafos, pero a menudo justifican su escepticismo mediante razonamientos económicos (Henderson & Cochrane, 2017). Es decir, el cambio climático les genera, por un lado, dudas en cuanto a su veracidad y urgencia y, por el otro, rechazo en cuanto a su coste económico. En el caso de Trump, esto se trasluce meridianamente de la diferencia entre sus publicaciones en Twitter y el contenido del discurso por el que anunciaba la salida del Acuerdo. A continuación, estudiaremos ambos aspectos, centrándonos así en la figura del presidente estadounidense.

Un estudio pormenorizado de los tuits publicados por Trump acerca del cambio climático revela que, efectivamente, repudia el fenómeno como idea y, además, cuestiona el grado de culpa atribuible a la acción del hombre. Compartiendo artículos que critican el punto de vista intervencionista desde distintos enfoques, el mandatario deja patente su escepticismo y permite entrever el razonamiento en que basa su hoja de ruta actual (teniendo en cuenta que muchos de los referidos tuits fueron publicados con anterioridad a su elección como presidente, el 9 de noviembre de 2016). En este sentido y con vistas a ofrecer una aproximación a su visión, cabe mencionar, siquiera brevemente, ciertos artículos que compartió en la red social.

En primer lugar, en 2012, compartió un artículo que alegaba la existencia de un «*Climagate*», denunciando un presunto intercambio de correos electrónicos entre científicos que revelaría: (1) una voluntad de promover la preocupación por el cambio climático ocultando datos y estadísticas que pudieran desmentirlo; (2) una deliberada concepción del cambio climático como causa política en lugar de científica; y (3) la aceptación por parte de la comunidad científica acerca de que la fundamentación científica del cambio climático resulta endeble y está basada en una manipulación deliberada de datos (Taylor, 2011). En segundo lugar, también en 2012, compartió un artículo escrito por William Happer, un profesor de Física de la Universidad de Princeton con quien Trump se ha reunido en repetidas ocasiones. Este cuestiona, de un lado, la fiabilidad de los modelos utilizados para predecir el cambio climático y, de otro lado, el efecto dañino que a menudo se atribuye al CO₂ en la atmósfera, alegando que este en realidad fortalece la vegetación, habida cuenta de, entre otros ejemplos, los altos niveles

de CO2 y de vegetación presentes en el planeta hace millones de años (Happer, 2012). En tercer lugar, esta vez en 2013, alabó un artículo muy crítico con Leonardo di Caprio, un actor oscarizado también conocido por su activismo medioambiental, en el que comparte e incluso cita argumentos expuestos por Bjorn Lomborg; concretamente: (1) que el cambio climático se ha convertido en un fenómeno sensacionalista desprovisto de unanimidad científica; y (2) que la inversión destinada a contrarrestar el cambio climático resulta, además de increíblemente costosa, insuficiente a los efectos perseguidos (Harris & Carter, 2014). Por último y como bonus que expone también el escepticismo de Trump frente a las organizaciones internacionales, en 2012 se burló del Banco Mundial por «correlacionar la pobreza con el cambio climático» (King, 2013)⁴.

En contraste con los anteriores, el resto de los argumentos que presenta el mandatario norteamericano en su cuenta de Twitter brilla por su ausencia de profundidad y esfuerzo intelectual. Lejos de cuestionar el cambio climático sobre la base de conclusiones científicas o ideológicas, Trump expresa su escepticismo a través de multitud de exabruptos, por los que hace un llamamiento irónico al calentamiento global o al cambio climático para corregir las inclemencias del invierno en los Estados Unidos. Además de estos, que componen aproximadamente la mitad de los tuits que el mandatario publica sobre el tema tratado, Trump también manifiesta en repetidas ocasiones su desconfianza, ironizando acerca de que ahora el fenómeno se denomina cambio climático en lugar de calentamiento global. Según él, esto se debe, por un lado, a que el término «calentamiento global» dejaba de convencer teniendo en cuenta el enfriamiento de ciertas partes del planeta y, por otro, relacionado con el anterior, a que permite englobar un mayor número de fenómenos climatológicos, sin que se haya producido avance alguno en el planteamiento. Finalmente, cabe mencionar asimismo que achaca el «invento» del cambio climático a la voluntad por parte de China de frenar el desarrollo económico de los Estados Unidos.

Estos alegatos, que relevan un carácter ciertamente populista, contrastan con las razones expuestas en el discurso pronunciado con motivo de la salida de los Estados

⁴ El artículo citado, pese a no ser el original compartido por Trump por no encontrarse este disponible en la red, recoge las mismas ideas que desdeña Trump y fue escrito por el presidente el Banco Mundial.

Unidos del Acuerdo. En él, Trump justificó su decisión mediante argumentos mayoritariamente económicos. A tenor de diversas fuentes, Trump sostuvo que la puesta en marcha del Acuerdo supondría una pérdida de 2,7 millones de puestos de trabajo de aquí a 2025, 440.000 de ellos en el sector manufacturero, y una reducción de actividad, en comparación con 2040, en la producción de papel (-12%), cemento (-23%), hierro y acero (-38%), gas natural (-31%) y carbón (-86%), un sector que pretende proteger de forma especial. Esto acarrearía un lastre a la economía cifrado en 2 billones de dólares, una pérdida de 6,5 millones de puestos de trabajo industriales y una reducción de 7.000 dólares en los ingresos de cada hogar (Trump, 2017). Asimismo, partiendo de estos datos, denuncia que el Acuerdo permita a países como China, India e incluso algunos europeos incrementar su producción de carbón. Así, denuncia el Acuerdo y cuestiona por tanto que este sea justo. Alega que, en definitiva, el Acuerdo deslocaliza puestos de trabajo estadounidenses, supone una inversión colosal, merma la competitividad de los Estados Unidos y refuerza la de terceros países hartos contaminantes, todo ello sin que surta grandes efectos en lo que al cambio climático se refiere.

Como último punto, cabe señalar que el posicionamiento del presidente republicano no se limita a la retórica y a la desvinculación con respecto al Acuerdo. Desde su llegada a la Casa Blanca, Trump ha nominado un gran número de conocidos escépticos para cubrir puestos de gran relevancia en su Administración. Con la excepción de Sam Clovis, quien tuvo que apartarse de su nominación como máximo responsable científico del Departamento de Agricultura por su vinculación con la presunta influencia rusa en las elecciones (Eilperin, 2017), el resto de sus designaciones ocupa altos cargos de su gabinete en la actualidad. Así, podemos citar a Scott Pruitt, presidente de la EPA (Agencia de Protección Medioambiental); Rick Perry, secretario de Energía; Ryan Zinke, secretario de Interior; Rex Tillerson, el entonces secretario de Estado; o Mike Pompeo, expresidente de la CIA y relevo del anterior, todos ellos conocidos por su desdén por el cambio climático, su visión crítica del Acuerdo y su preferencia por la adopción de medidas que favorezcan la economía.

En definitiva, la posición escéptica y la figura que la propugna se definen, como su propio nombre indica, por su escepticismo ante el cambio climático. Desconfiando de

todo dato emitido o tratado suscrito que lo respalde, sus distintos representantes denuncian las bases que sustentan la preocupación ecológica y cuestionan todo esfuerzo que se exige realizar con vistas a paliarlo, así como el carácter urgente con que a menudo se presenta. Los investigadores como Bjorn Lomborg desafían la veracidad de los planteamientos catastrofistas del cambio climático y su consecuente urgencia en cuanto a la adopción de medidas. Y los escépticos como Donald Trump beben de las ideas que desmienten el cambio climático, como las defendidas por Lomborg o aquellas compartidas por Trump en Twitter, basando en ellas su desconfianza, y justifican su rechazo sobre todo a través de argumentos de carácter económico.

La posición intervencionista

En contrapartida, una gran mayoría de científicos y de líderes mundiales defienden la necesidad de intervenir de cara a contrarrestar los efectos adversos que pueda acarrear el cambio climático. Así se manifestó en el marco de la conferencia que dio lugar al Acuerdo, que, recordemos, congrega 195 Estados signatarios y 175 Estados parte. En sus disposiciones viene recogido el objetivo de mantener el aumento de la temperatura mundial muy por debajo de 2°C con respecto a niveles preindustriales, así como esforzarse en limitarlo idealmente a 1,5°C (ONU, 2015). Estos objetivos, como veremos más adelante, no resultarán nada fáciles de conseguir; sobre todo si no se adoptan medidas de mitigación y adaptación de inmediato.

Con vistas a describir la posición intervencionista, nos remitiremos a los Resúmenes para responsables de políticas elaborados por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (en lo sucesivo «IPCC⁵», por sus siglas en inglés). Estos resúmenes, que gozan de gran reputación y acogida en la comunidad científica en lo referido al cambio climático, son fruto del trabajo plurianual de distintos científicos provenientes de todo el mundo. Estos son enviados por los Gobiernos de los 195 Estados que decidieron incorporarse al IPCC como miembros de la ONU o de la Organización Meteorológica Mundial (OMM), la matriz del IPCC. Así, el equipo de preparación y de redacción de los resúmenes está compuesto por expertos de todo el mundo, lo que

⁵ *Intergovernmental Panel on Climate Change.*

brinda un mayor grado de objetividad y de representación de distintas visiones y consideraciones.

Creado en 1988, el IPCC publica informes de evaluación sobre el cambio climático desde 1990 cada 5-7 años (constan publicaciones en los años 1990, 1995, 2001, 2007 y 2014). Para elaborarlos, se forman cuatro grupos de trabajo: el Grupo I, responsable de evaluar las bases físicas; el Grupo II, el impacto, la adaptación y la vulnerabilidad; el Grupo III, la mitigación del cambio climático; y el Grupo especial, que analiza los inventarios nacionales de gases de efecto invernadero. Asistidos por unidades de apoyo técnico, estos grupos producen cuatro informes, ofreciendo de ellos tanto una versión técnica como un resumen para responsables de políticas. Habida cuenta de que la publicación del 6º Informe de Evaluación está prevista para 2022, este trabajo se basará en el último informe disponible, el de 2014.

Como último punto antes de adentrarnos en las conclusiones del informe, cabe resaltar que estas se clasifican en función de las pruebas disponibles que las sustenten (que van de un nivel muy bajo a un nivel muy alto) y del grado de confianza o acuerdo científico que susciten (que va de excepcionalmente improbable a prácticamente seguro). En aras de la objetividad, este estudio solo recogerá aquellas que reciban por lo menos un nivel medio de pruebas disponibles o de confianza.

Dicho esto, la primera conclusión que se desprende del informe, y de la que se derivan todas las demás, es capital: la influencia humana en el cambio climático es inequívoca. Los científicos, habiendo constatado que las emisiones antropógenas recientes de gases de efecto invernadero (en lo sucesivo, «GEI») son las más altas de la historia, alertan de cambios en los sistemas humanos y naturales. Desde 1950 hasta hoy, afirman que se han producido cambios sin precedentes: el manto de nieve y de hielo del Ártico y de Groenlandia se han visto reducidos, ha aumentado el nivel del mar y la temperatura de la atmósfera y de los océanos se ha incrementado. Asimismo, el período de 1983 a 2012 representaría los 30 años más cálidos en los últimos 1400 años en el hemisferio norte (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

El informe afirma con rotundidad que las emisiones antropógenas de GEI, sin parangón en los últimos 800.000 años, constituyen la causa principal del cambio

climático. Estas, junto con otros forzamientos antropógenos, supondrían más del 50% del incremento de la temperatura; explicarían el descenso del hielo marino del Ártico desde 1979 y habrían provocado el calentamiento de la capa de 0-700m del océano y el aumento del nivel del mar desde 1970 (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

Pero vayamos por partes. En primer lugar, la criosfera⁶. En el Ártico, se estima que entre 1979 y 2012 se ha perdido una media de entre 3,5% y un 4,1% de superficie helada por decenio y, en época estival, entre un 9,4% y un 13,6%. Asimismo, en el peor de los escenarios previstos por el informe, el Ártico se quedaría sin hielo en septiembre hacia mitades del siglo XXI. Lo que es seguro es que, a medida que aumente la temperatura, como se espera que se produzca, se reducirá el manto de nieve y hielo del hemisferio norte (se prevé que entre un 7% y un 25% a finales de este siglo). Sin embargo, mientras que el Ártico sería la región donde más subirá la temperatura media del planeta en el futuro, en la Antártida la situación tiene matices. Entre 1979 y 2012, se observa un aumento de entre 1,2% y 1,8% por decenio en la extensión del hielo marino. Ahora bien, cabe distinguir entre regiones antárticas: mientras unas aumentan, se estima que otras disminuyen. En cualquier caso, a medida que la temperatura aumente, se prevé una disminución del permafrost⁷ en las latitudes septentrionales (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

En segundo lugar, los océanos. Se calcula que estos albergan un 90% de la energía almacenada en el sistema climático entre 1971 y 2010 (60% en la capa superior, a saber, entre 0-700m, y 30% por debajo de los 700m). A modo de comparación, la atmosfera habría almacenado tan solo el 1%. Esto supone, entre otras cosas, que las zonas con mayor presencia de sal, donde predomina la evaporación, se han salinizado; por el contrario, aquellas con menor presencia de sal, donde predominan las precipitaciones, se han desalinizado. Asimismo, los océanos habrían absorbido alrededor del 30% del CO₂ antropógeno emitido, provocando su acidificación (su pH ha disminuido en 0,1 desde el comienzo de la era industrial). Desde 1970, el descenso de la masa glacial y la

⁶ Término que se refiere a la «esfera fría» del planeta, es decir: el Ártico, Groenlandia, la Antártida, la superficie helada del hemisferio norte y los glaciares situados en las proximidades de la Antártida.

⁷ Definido por el DRAE como: Capa del suelo permanentemente congelada en las regiones polares.

expansión térmica de los océanos habrían causado en torno al 75% del aumento del nivel del mar. Este, cuyo ritmo ha sido superior con respecto a los dos milenios anteriores, se cifra en 0,19m entre 1901 y 2010. En el futuro, en el peor de los escenarios previstos, si se perdiera todo el hielo de Groenlandia, el nivel del mar se elevaría hasta 7 metros (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

En tercer lugar, la atmósfera y los ciclos de carbono y bioquímicos. Se observa un repunte generalizado durante el siglo XX en las temperaturas de la superficie terrestre y oceánica que, entre 1880 y 2012, se cifra en 0,85°C. En este sentido cabe destacar que, debido a una variabilidad decenal e interanual considerable, las observaciones a corto plazo no reflejan las tendencias climáticas a largo plazo (p.ej.: la influencia del fenómeno El Niño entre 1998 y 2012 altera los resultados a corto plazo, pero no ocasiona grandes cambios en el largo), por lo que los datos ofrecidos se remiten períodos largos. En cualquier caso, estos aumentos se deben en gran medida a la mayor concentración de CO₂ en la atmósfera, un 40% más desde la era preindustrial (fruto de emisiones por combustibles fósiles y por cambio de los patrones de uso del suelo), y de otros GEI, para los cuales no existen precedentes en los últimos 22.000 años (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

Todos estos fenómenos invitan a aventurarse a analizar las consecuencias que pueda acarrear el cambio climático en el futuro. Para ello, el IPCC basa sus previsiones sobre la base de cuatro trayectorias o RCP⁸ de aquí a 2100: 2,6; 4; 6; y 8,5⁹. Mientras que la RCP2,6 es la más optimista, la RCP8,5 plantea el peor escenario. Para calcular las trayectorias, el IPCC analiza los cambios en cada sustancia causante del cambio climático (el dióxido de carbono, la irradiación solar, el metano, el monóxido de carbono o la mezcla de CO₂, CH₄, N₂O y halocarburos —cabe resaltar que el CO₂, en el forzamiento radiativo, supone el 1,68 del total en 2011—). A modo de comparación, el forzamiento

⁸ Por sus siglas en inglés: *Representative Concentration Pathways*, es decir, trayectorias de concentración representativas. Estas hacen referencia a distintas estimaciones de futuros forzamientos radiativos antropógenos que podría presentar el clima en el futuro.

⁹ Las cifras hacen referencia al forzamiento radiativo, es decir, la medida utilizada para cuantificar las modificaciones en los flujos de energía provocados por los cambios en los impulsores del cambio climático con respecto a 1750 (niveles preindustriales). Cuando el forzamiento es positivo, se produce un calentamiento en superficie; cuando es negativo, un enfriamiento. (IPCC, Informe de Síntesis, 2014)

radiativo calculado en 1950, 1980 y 2011 —con respecto a 1750— asciende a 0,57, 1,25 y 2,29 respectivamente. Es decir, la RCP2,6 prevé un incremento del forzamiento radiativo de 2,29 a 2,6 entre 2011 y 2100, mientras que la RCP8,5, de 2,29 a 8,5 para el mismo período (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

Más allá de analizar cuál de estas trayectorias tiene más probabilidades de materializarse, algo que dependerá del grado de mitigación y adaptación que se decida llevar a cabo a nivel mundial, lo cierto es que todas coinciden en vaticinar escenarios que merecen nuestra atención, con mayor o menor gravedad según cuál se tome en cuenta. Al cotejarlas, concluimos que el cambio climático ocasionaría las siguientes consecuencias:

1) un aumento de, por lo menos, 1,5°C de aquí a finales de siglo (en comparación con el período 1850-1900);

2) un calentamiento más acelerado en el Ártico que en el resto del mundo;

3) mayor frecuencia de olas de calor y temperaturas extremas calientes;

4) menor frecuencia de temperaturas frías extremas, con olas de frío ocasionales;

5) mayor frecuencia de fenómenos de precipitación extrema en las zonas tropicales y ecuatoriales;

Y 6) mayor contraste de precipitaciones entre regiones húmedas y secas.

Además, cabe añadir que los efectos del cambio climático perdurarán durante siglos, alargando estas consecuencias en el tiempo, pues continuará la expansión térmica y las emisiones de CO₂ a la atmósfera permanecerán en la atmósfera (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

Como vemos, el cambio climático ocasionaría cambios en el futuro que no solo pueden resultar irreversibles, sino también ser motivo de preocupación en muchos aspectos. En palabras del propio informe, «el cambio climático agravará los riesgos existentes y creará nuevos riesgos para los sistemas naturales y humanos. Estos se distribuyen de forma dispar y son generalmente mayores para las personas y

comunidades desfavorecidas de los países sea cual sea el nivel de desarrollo de estos» (IPCC, Informe de síntesis, 2014).

A modo de ejemplo, podemos citar la extinción de especies y la seguridad alimentaria. En cuanto al primero, muchas especies no tendrán tiempo de adaptarse al ritmo al que avanza el cambio climático, sobre todo las plantas, aunque también la mayoría de pequeños mamíferos y moluscos dulceacuícolas. Prueba de ello es la extinción de especies acaecida a lo largo de los últimos millones de años sin que obrara un cambio climático a tal velocidad. Las especies marinas también se ven especialmente afectadas debido al incremento de la temperatura y de la acidez de los océanos. Respecto al segundo, disminuirá la productividad agropecuaria por el desplazamiento de especies y contaremos con mayor irregularidad de los cultivos al tiempo que aumentará la demanda impulsada por el crecimiento de la población (IPCC, Mitigación, adaptación y vulnerabilidad, 2014).

Estos desafíos y muchos más, así como los factores en que incide el cambio climático que se resumieron anteriormente, componen la base teórica sobre la que reposa la conciencia medioambiental internacional. Alertados por la gravedad del problema y la urgencia en la adopción de medidas, que requerirán una mayor implicación de actores, una vinculación con objetivos sociales y una dotación de recursos considerable, los líderes mundiales se personaron en París a los efectos de ofrecer una respuesta internacional a un problema internacional. Así, se marcó un antes y un después en el ámbito de la lucha contra el cambio climático, sentando una base referencial para futuras iniciativas y compromisos internacionales. A lo largo de todo este proceso de cambio, cabe destacar la figura del presidente francés Emmanuel Macron, quien se presentó como su punta de lanza.

En contraste con su homólogo estadounidense, Macron coloca la lucha contra el cambio climático entre sus prioridades de acción y proyección exterior. Organizando conferencias como la *One Planet Summit*, interviniendo en la ONU en este sentido o espoleando países y un amplio abanico de actores a adoptar medidas más ambiciosas, el presidente francés demuestra un compromiso inquebrantable con la defensa del medio ambiente. Así se desprende, por ejemplo, de discursos pronunciados en instancias internacionales, en las que afirma, lamentando la retirada de los Estados

Unidos, que Francia y otros países europeos garantizarán que el IPCC no carezca de financiación o que Europa establecerá un precio mínimo del carbón (Macron, Discours du Président de la République Emmanuel Macron, lors de la COP23 à Bonn, 2017). En este sentido, destaca la Ley Francesa de Transición Energética para el Crecimiento Verde, que contempla un impuesto ascendiente al carbón: en la actualidad fija el precio mínimo del carbón en los 30€/t y ascenderá a los 56€/t en 2020, alcanzando los 100€/t en 2030, con el objetivo de disminuir las emisiones de GEI (MEEM, 2015).

Concienciado por la magnitud del problema, Macron no cesa en los intentos por contrarrestar su avance; de hecho, afirma con rotundidad que Francia y los países que quieran acompañarla estarán en la vanguardia de la lucha (Macron, Déclaration suite au retrait des Etats-Unis de l'accord de Paris, 2017). De cara a comunicar las referidas intenciones al resto del mundo, aprovechó el momento en que Trump anunció su desvinculación del Acuerdo como altavoz de sus pretensiones, algo que reconoció él mismo en una entrevista concedida a CBS News, uno de los principales canales de televisión estadounidenses que también cuenta con proyección internacional (Glore, 2017). Entre otras medidas propuestas a través de dicha megafonía, cabe también destacar su apuesta por atraer talento científico de Estados Unidos y del resto del mundo a Francia, con su famoso epigrama, aunque también iniciativa, «*Make Our Planet Great Again*».

No obstante, no es oro todo lo que reluce. A pesar del exitoso despliegue diplomático, Macron recibe críticas por no poner en marcha políticas en Francia a la altura de los compromisos que reclama en la escena internacional. Tras la apariencia de defensor a ultranza del cambio climático, lo cierto es que el Gobierno francés ha anunciado una serie de medidas que han sido objeto de crítica por parte del sector medioambiental. Tanto es así, que en el marco de la COP23 Francia recibió el premio al «Fósil del Día», concedido a países que entorpecen la lucha contra el cambio climático, por posponer el desmantelamiento de la energía nuclear a 2025 (Haeringer, 2017). Asimismo, también autorizó una prórroga de tres años para el uso del glifosato en el seno de la Unión Europea, ignoró un informe elaborado por su administración que señala riesgos medioambientales en la aplicación del CETA (el Acuerdo Económico y Comercial Global suscrito entre Canadá y la Unión Europea) y dio marcha atrás en

distintos proyectos de promoción de energías renovables (Brunet, 2017). Toda vez que estas acciones puedan justificarse por un intercambio de concesiones en el marco de determinadas negociaciones, cabe reseñar que el reconocido compromiso de Macron con el medioambiente no eclipsa su pragmatismo en asuntos de Estado.

VI. Análisis y discusión

Donald Trump

Tal como lo afirman Simone Tagliapietra y Georg Zachmann, investigadores de Bruegel, un think tank con sede en Bruselas, la decisión de Trump de desvincularse del Acuerdo tiene que ver con razones de política nacional (Tagliapietra & Zachmann, 2017). Según ellos, el presidente estadounidense pasa por alto las realidades de su país en materia energética y de cambio climático, a saber: 1) que las dinámicas de la economía estadounidense están desmantelando la industria del carbón y provocando una reducción de emisiones de gases contaminantes (10% menos entre 2005 y 2015) con motivo de la transición al gas natural y de mejoras tecnológicas; 2) que la reducción de la demanda de carbón se debe a que compite con el gas natural y no a normativas relacionadas con el cambio climático; y 3) que, independientemente de las políticas en materia de cambio climático que se pongan en funcionamiento, las energías renovables abarcarán mayor cuota de mercado en el futuro debido a su abaratamiento (entre 2009 y 2016, el precio de la energía eólica cayó un 66% y la solar un 85%) (Tagliapietra & Zachmann, 2017).

Aunque, de un lado, pueda resultar evidente que Trump hace caso omiso de las realidades económicas y de energías renovables a futuro de los Estados Unidos, de otro lado, sería un error no reparar en que Trump atribuye especial importancia al sector industrial y a sus trabajadores. Así lo manifestó en repetidas ocasiones por medio de discursos, como aquel por el que anunciaba la retirada del Acuerdo, así como durante su campaña electoral. De hecho, muchos análisis, como los elaborados por *The Economist*, coinciden en que constituye una de las razones por las que ganó las elecciones presidenciales en 2016 (Economist, Election 2016: How it happened, 2016).

El hecho de salirse del Acuerdo para proteger industrias como la del carbón, por tanto, siguiendo el razonamiento de los investigadores de Bruegel, podría deberse a la voluntad de afianzar dicha base electoral sobre todo con vistas a las elecciones de mitad de legislatura, que tendrán lugar el 6 de noviembre de 2018. Consciente de que sirven de termómetro de la opinión pública sobre su mandato, Trump las tendría presentes y les concedería la importancia que merecen. Así lo entendió Steve Bannon, antiguo jefe de estrategia del Gobierno de Trump, quien, sabiendo que Trump no ganaría el voto de demócratas, progresistas o personas concienciadas por el medio ambiente y pese a que el cálculo político podría resultar contraproducente, habría apostado por esta estrategia y logrado convencer al exmagnate inmobiliario (Baker, 2017). De hecho, Peabody Energy Corp y Arch Coal, las dos empresas líderes en la industria del carbón en los Estados Unidos, publicaron declaraciones en defensa de la decisión de Trump, alegando que seguir en el Acuerdo habría «afectado enormemente la economía estadounidense, aumentado el coste de la electricidad y obligado al sector energético a depender de fuentes menos diversas y más intermitentes» (Stracqualursi, 2017).

En este sentido, a pesar del carácter impredecible con que se suele tildar al presidente Trump, lo cierto es que su estrategia energética (*America First Energy Plan*) ya dejaba entrever estas intenciones. Anunciada poco después de jurar el cargo, la estrategia apostaba claramente por utilizar toda fuente de energía, sobre todo las de origen nacional, con independencia de las emisiones de GEI; lograr la seguridad energética (es decir, una energía a un precio asequible); y crear empleo (Lázaro Touza, 2018). Así, dejando de lado consideraciones de índole medioambiental, Trump promulga una estrategia centrada en la eficiencia económica y la consecución de beneficios netos, sin perjuicio de la calidad del aire y del agua estadounidenses, salvaguardando los intereses de las industrias más afectadas por la irrupción de fuentes de energía alternativas. Un ejemplo que ilustra este planteamiento es la firma de dos órdenes ejecutivas al principio de su mandato, mediante las cuales Trump permitió retomar la polémica construcción de los oleoductos Dakota Access, objeto de protestas en 2016 por tribus sioux y defensores del medioambiente, y Keystone XL.

Asimismo, en el marco de dicha estrategia energética, aunque también pueda extrapolarse a su visión general, la administración de Trump demuestra un afán por

desregular el sector. Además de rehusar la normativa del Acuerdo, el presidente republicano también repudia los planes heredados de Obama en materia climática en la esfera nacional (Elcano, 2017). No solo anunció su intención de descartar el *Climate Action Plan* adoptado por Obama como marco para mitigar el cambio climático, sino que también se propone «revisar, suspender y rescindir» toda regulación innecesaria en este terreno (Lázaro Touza, 2018). Para ilustrar este argumento, basta con remitirse al sitio web facilitado por el think-tank *Brookings Institute* a estos efectos. En él, se dispone cada normativa que Trump pretende revisar, suspender o rescindir entre distintos sectores, entre los que destaca el medioambiente, tratándose del sector donde la administración Trump interviene de manera más activa (39 iniciativas), por encima del laboral, financiero y la sanidad. A modo de ejemplo, en marzo de 2017 Trump revisó una norma relativa al metano, que limitaba la contaminación permitida en la exploración de fuentes de petróleo y gas en territorio estadounidense, y propuso una nueva en febrero de 2018 con las modificaciones oportunas (Institute, 2017).

Por medio de esta estrategia, la administración Trump pretende asimismo alcanzar la «dominancia energética». Así lo afirma Ryan Zinke, el secretario de Interior, quien se opone a que haya países rehenes de una única fuente de energía. No obstante, en realidad el objetivo consiste en producir y exportar cantidades ingentes de energía, sobre todo en forma de petróleo, gas natural y carbón, llevando a cabo, entre otros, la citada desregulación del sector. De esta forma, los Estados Unidos tratan de reducir su balanza comercial —un objetivo esencial para Trump—, fomentando fundamentalmente sus exportaciones de gas natural licuado (Economist, Special report: The new power superpowers, 2018). En este contexto, el Acuerdo ejerce de camisa de fuerza a dichas pretensiones y colisiona por tanto con los intereses estadounidenses.

Sin embargo, y sin perjuicio de lo anterior, los objetivos de política nacional no bastan para comprender una resolución con tanta repercusión en el ámbito internacional. Demostrando un profundo desdén por los mecanismos multilaterales, Trump ha dejado patente en repetidas ocasiones que prefiere optar por la vía unilateral o, en su caso, bilateral de cara a perseguir su agenda *America First*. En esa misma línea, desde su toma de cargo dejó claro que antepondría los intereses de los ciudadanos estadounidenses a los del resto del mundo, algo que por cierto repitió en el discurso por

el que anunciaba la salida del Acuerdo. Por tanto, si enmarcamos su posición en un plano más amplio y consideramos decisiones anteriores que afectan las relaciones internacionales, observamos que existe una serie de patrones en la forma de entender la política exterior por parte del presidente norteamericano. A continuación, prestaremos atención a los más notables, resaltando los paralelismos entre dichos patrones y la decisión de salirse del Acuerdo.

Ante todo, cabe señalar que el presidente republicano desprecia el multilateralismo como vector de las relaciones internacionales. En lugar de concebir la cooperación y los intercambios interestatales como provechosos para el conjunto de la comunidad internacional, percibe la realidad internacional como un juego de suma-cero. Desde su enfoque, por tanto, hay vencedores y vencidos. Los Estados Unidos, siguiendo esta lógica, deben ganar, hacerse respetar, mostrar músculo e imponer sus intereses. Así se entiende, por ejemplo, que entable guerras comerciales con España contra sus aceitunas o contra los coches de procedencia europea (afectando sobre todo a Alemania), o que haya optado por retirarse del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (o TPP, por sus siglas en inglés), prefiriendo negociar acuerdos de libre comercio de forma bilateral para obtener condiciones más beneficiosas.

El Acuerdo, que encarna los principios mismos del multilateralismo, basándose en la cooperación entre Estados para conseguir objetivos, no es ninguna excepción. Al considerarlo un mecanismo más para atar su país al engranaje multilateral internacional, sin que su adopción coseche ventajas económicas o políticas palpables, Trump saca pecho y ordena desvincularse de él. En lugar de avanzar hacia un mundo en que se difuminan las competencias soberanas en el seno de organizaciones internacionales, Trump apuesta por el aislacionismo, el retraimiento de la escena internacional y la exacerbación del nacionalismo. Siguiendo este razonamiento, no sorprende su conocido desdén por organizaciones internacionales estructuradas en torno a un eje multilateral como la OTAN, la ONU o la UE, o su admiración por los liderazgos fuertes de Vladimir Putin, Recep Tayyip Erdogan o Xi Jinping.

No obstante, lo cierto es que el planteamiento de Trump se inscribe en una tradición, hasta ahora enterrada, que está arraigada en el seno de parte de la sociedad

estadounidense: el jacksonianismo (Mead, 1999)¹⁰. Representando una perspectiva neojacksoniana, Trump ensalza los valores y la dignidad de su sociedad, personifica el patriotismo y se muestra desencantado con los compromisos en el exterior, aunque aboga por actuar con ferocidad ante cualquier amenaza externa que ponga en peligro su pureza e inocencia (Mead, 2017). Al combinar la referida tradición con el «excepcionalismo estadounidense»¹¹, con que comparte numerosas similitudes, no resulta sorprendente que Trump rechace toda normativa impuesta desde el exterior. La conjunción de ambos factores explica el rechazo que genera la imposición normativa del Acuerdo, aunque también sirven para explicar la eterna contradicción estadounidense entre, por un lado, promover la defensa de los derechos humanos en el mundo y, por otro, no ratificar convenciones internacionales que los amparen (Ignatieff, 2006).

Asimismo, mientras que el planteamiento neojacksoniano aboga por la defensa y la anteposición de los intereses de los ciudadanos estadounidenses, Trump desdeña el multilateralismo por considerar que obra en dirección contraria. Según su visión, el Acuerdo ejercería de camisa de fuerza a la correcta y ordenada defensa de dichos intereses, algo que debe constituir y constituye una prioridad en su mandato. Al fin y al cabo, ¿cómo aceptar un Acuerdo que merma la capacidad industrial de su país, que roba empleos a sus conciudadanos deslocalizándolos al extranjero? ¿Que requiere inversiones millonarias que podrían ser destinadas a la construcción de colegios y hospitales? ¿Que reduce los salarios de los trabajadores, y sobre todo de aquellos que Trump se propone proteger especialmente? Al sustraer la consideración climática de la ecuación, la protección de los intereses de los ciudadanos estadounidenses pasa por la creación de empleo y su protección. Trump, consciente de ello, no podía permitir la puesta en marcha del Acuerdo.

¹⁰ Esta tradición se caracteriza, entre otros, por desconfiar de las élites y del poder centralizado, sentir un gran apego por la Carta de Derechos de 1791 y sobre todo su 2ª enmienda, oponerse a subidas de impuestos y sin embargo querer programas de ayuda federales para las clases medias, valorar el honor, la capacidad de valerse por sí mismo y que los demás lo reconozcan. En lo internacional, desprecian la vía multilateral (ONU, FMI, tratados internacionales, etc.) y se inclinan por el aislacionismo.

¹¹ Teoría según la cual los EE.UU. serían un país moralmente superior que sigue un camino único y justo, lidera la promoción de la libertad en el mundo, atribuye un carácter mesiánico a sus actos y, por lo tanto, no acepta lecciones ni normativas que provengan del exterior.

Además, y por último, el mandato de Trump se basa, como sabemos, en anteponer no solo los intereses de sus ciudadanos, sino también los Estados Unidos al resto de países. En efecto, el presidente republicano se centra única y exclusivamente en promover los intereses de su país, en detrimento de encontrar puntos de encuentro para resolver problemas de escala y alcance internacional, como puede ser el cambio climático, y erigirse como líder conciliador como Obama, su predecesor. Si a lo anterior sumamos el enfoque neojacksoniano y la concepción suma-cero del mundo, ¿cómo aceptar un Acuerdo que impone restricciones al crecimiento económico e industrial de los Estados Unidos, mientras que permite la construcción de nuevas plantas de carbón en China, India o incluso países de Europa? Consciente de su trascendencia como interlocutor internacional, Trump optó por desvincularse del Acuerdo, declarando estar dispuesto a renegociar sus condiciones. Al fin y al cabo, pretende impedir que sus competidores directos ganen la mano y encima se aprovechen de los recursos estadounidenses para promover sus objetivos y la lucha contra un problema que juzga inexistente.

Emmanuel Macron

Tal como lo señala Thomas Gomart, director del *Institut Français de Relations Internationales*, en una entrevista concedida con ocasión de la presentación del libro *Notre intérêt national : Quelle politique étrangère pour la France ?*, el planteamiento francés en materia de política exterior atraviesa un proceso de redefinición hacia el realismo (Gomart, 2017). Tras una evaluación rigurosa de las líneas directrices que marcarán el quinquenio presidencial de Macron en la materia, afirma que «se asume claramente la noción del interés [nacional] sin dejar de lado los valores» (Gomart, 2017). Asimismo, cita un pasaje del discurso pronunciado por el presidente francés en agosto de 2017 ante los embajadores franceses, en el que explica lo que entiende por la independencia de Francia en el plano internacional: «Simplemente hago una lectura de este mundo multipolar e inestable, en el que debemos obrar a diario por nuestra cuenta en función de nuestros intereses» (Gomart, 2017).

En este contexto de reconfiguración de la estrategia nacional de cara al exterior, el equipo de Macron formuló un programa de política exterior. En él, se expone su visión del mundo y se da cuenta de los desafíos a los que se deberá hacer frente en el futuro.

Tras afirmar lo dispuesto en el párrafo anterior, es decir, que Francia primará la defensa de sus intereses en el exterior, y añadiendo que luchará contra toda amenaza que los ponga en peligro, clasifica sus intereses en tres categorías: 1) la lucha contra el terrorismo; 2) los intereses climáticos; y 3) los intereses económicos (LREM, 2017). En cuanto al segundo, el que más nos ocupa, hace referencia a aquellos «ligados a la protección del planeta, por medio de la construcción de un marco que garantice sus equilibrios y su biodiversidad, que vele por nuestros hijos y las futuras generaciones, así como por las mujeres y hombres afectados por estos cambios» (LREM, 2017). Asimismo, en relación con el tercero, se hace referencia a la importancia de acompañar las empresas francesas en el exterior, mejorar su competitividad y lograr que adquieran un perfil más atractivo.

Este cóctel de intereses explica en cierta medida el frenesí diplomático que ha caracterizado la labor del presidente francés desde su investidura. Consciente de la importancia de la ocasión que se le presenta y comprometido a devolver a Francia el lugar que le corresponde en el mundo tras años de letargo diplomático, Macron organiza y acude a encuentros de primerísimo nivel y propone iniciativas para tratar de dar impulso a la cuestión climática. Así, entre otros, recibió a 50 líderes de todo el mundo en París en diciembre de 2017 en el marco de la cumbre *One Planet Summit* para conmemorar el aniversario de la firma del Acuerdo; se reunió en múltiples ocasiones con Bill Gates y Michael Bloomberg, ambos capaces de financiar proyectos millonarios y de alentar a las ciudades y al sector privado a optar por la transición ecológica; y lanzó la campaña «*Make Our World Great Again*» para atraer científicos internacionales interesados en innovar en lo que a la lucha contra el cambio climático se refiere, logrando captar el interés de 1.822 solicitantes, y contratar, en su primera fase, a dieciocho, trece de los cuales trabajaban en universidades estadounidenses (Mufson, 2017).

Sin duda, esto le ha valido el reconocimiento de la comunidad internacional como líder en la lucha contra el cambio climático. Al ausentarse los Estados Unidos y desvanecerse consecuentemente el legado y la influencia ejercida por Barack Obama, se abrió un vacío de poder, un hueco que ocupar como líder. Emmanuel Macron, aunque también su homólogo chino Xi Jinping, no desperdició esta ocasión de presentarse al

mundo como líder y promover así el llamado «*rayonnement de la France*». Esta idea, que impregna la mayoría de los discursos de Macron y sin duda, por extensión, su pensamiento, podría traducirse por la influencia y el atractivo que ejerce Francia en el exterior a través de sus ideas intelectuales o morales. Al avalar por tanto el cambio climático como una prioridad de su mandato y posicionarse en las antípodas de las ideas promulgadas por el presidente norteamericano, Macron trata efectivamente de mejorar el poder blando de Francia. Esto, en conjunción con su política exterior frenética, nos lleva a la primera conclusión: Macron encarna la lucha contra el cambio climático porque quiere que Francia recobre su presencia e influencia en el mundo.

Al fin y al cabo, Macron encumbra su preocupación medioambiental en el plano internacional, en detrimento de abordarla también como una prioridad a nivel nacional. Esto pone en evidencia su talento como comunicador y demuestra una vez más su pragmatismo en asuntos de Estado. Sin embargo, no corrobora que considere la lucha contra el cambio climático como una lucha legítima por sí misma. En caso contrario, ¿acaso habría postergado el desmantelamiento de las centrales nucleares en Francia hasta 2025? ¿Habría permitido la ampliación de las autopistas de Rouen y Estrasburgo, que implican la destrucción de bosques y el aumento del tráfico por carretera? O, incluso, ¿habría autorizado la reforma del tráfico ferroviario sabiendo que acarrearía dificultades en el transporte público, un pilar de la reducción de emisiones de CO₂?

En cualquier caso, su pragmatismo y su voluntad de realzar la autoridad diplomática de Francia no constituyen las únicas razones. Hoy en día, el cambio climático no se percibe tan solo como un riesgo, sino también como una oportunidad económica. Las empresas del sector privado, cuyo objeto primordial es el lucro, están espoleando la transición hacia un modelo de producción energética más benévolo con el medio ambiente. Según *The Economist*, esto se debe a tres razones: 1) el precio de las energías renovables ha caído en picado y su proporción en la producción de energía total está en aumento; 2) los consumidores atribuyen cada vez más importancia al cambio climático; y 3) los inversores, sobre todo aquellos que invierten a largo plazo, temen exponerse al riesgo de poseer empresas cuyos valores y modelos de negocio podrían desvalorizarse a medida que el mundo rehúye el carbón (Economist, 2015). Dicho de otra manera, las empresas optan por realizar inversiones «limpias», porque les resulta más rentable que

no hacerlas. Prueba de ello es que, según afirma Paul Simpson, jefe de CDP, un centro de investigación que recaba información vinculada al cambio climático y las sociedades, aquellas empresas que publican horizontes de reducción de emisiones de CO2 obtienen una mayor rentabilidad media por capital invertido (9,9%) en comparación con aquellas que no (9,2%) (Economist, 2015). Total, un gigante energético francés, lleva este razonamiento a la práctica: según su consejero delegado, Patrick Pouyanné, la multinacional piensa redirigir su negocio hacia las renovables en el largo plazo mediante inversiones considerables que llevan a cabo desde 2011, ha creado un departamento de clima y estrategia e impone un precio interno sobre el carbón para proyectos de la sociedad desde 2008 (Total, 2016).

En este contexto de transición energética de cara al futuro, Macron quiere que Francia también tenga su parte del pastel. En efecto, esta batalla librada en el mercado internacional está a la espera de competidores suficientemente golosos como para saborear y absorber sus réditos. De acuerdo con Paul Bodner, un investigador del CSIS, un think-tank, en materia de tecnología eólica y solar se abre un mercado internacional de 8 billones de USD en un horizonte de veinticinco años (Bodner, 2017). No sorprende por tanto que Macron también desee su parte, algo que comulga por cierto con los intereses citados anteriormente con respecto al medioambiente y a las empresas.

Por medio de mensajes lanzados a la comunidad internacional, el presidente francés pretende dos cosas: por un lado, dar confianza a las empresas que deseen fomentar planes en este sentido en Francia, pues demuestra que el Estado los respalda, en contraste con lo que sucede en los Estados Unidos; y, por otro lado, atraer tanto a inversores internacionales comprometidos con la causa, como a científicos capaces de investigar e innovar en este campo. Así, por ejemplo, su discurso por el que premiaba los proyectos elegidos en el marco de las iniciativas «*Tech for Planet*» y «*Make Our Planet Great Again*» estaba plagado de formulaciones tales como «fertilizar la investigación francesa», «dar vitalidad a este ecosistema francés de innovaciones que tanto necesitamos» o «hacer de Francia y Europa el lugar donde se decide el mundo del mañana» (Macron, Discours du Président de la République - Station F : Tech for Planet, 2017).

Cabe añadir a lo anterior que las acciones de Macron también van encaminadas hacia otro objetivo. Habida cuenta de la desvinculación de los Estados Unidos, los Estados parte del Acuerdo, y sobre todo los europeos, tuvieron que tirar de ingenio y presupuesto para cubrir el agujero financiero dejado por sus colegas norteamericanos. En caso contrario, el Acuerdo habría sufrido un grave traspíe. Por lo tanto, la acción de Macron frente a la comunidad internacional también se centró en involucrar una multiplicidad de actores, entre los que cabe destacar el sector privado, las ciudades e incluso estados de los Estados Unidos, y crear así una suerte de mutualidad medioambiental capaz de compensar la financiación requerida. Asimismo, en las numerosas iniciativas promovidas en estas cumbres llama la atención la presencia generalizada de empresas emergentes (*start-ups*), algo que sin duda recuerda el propósito de Macron consistente en convertir Francia en una «nación start-up».

Por último, otra razón que puede incitar a Macron a priorizar la lucha contra el cambio climático en su acción exterior radica en los riesgos que supone el fenómeno en el largo plazo. Por supuesto, la lista es demasiado larga como para que este estudio pretenda ser exhaustivo a este respecto. Sin embargo, sería interesante centrarse en la correlación entre migración y cambio climático, pues, en palabras del Informe sobre mitigación, adaptación y vulnerabilidad del IPCC:

«Las proyecciones indican que el cambio climático a lo largo del siglo XXI hará que aumenten las personas desplazadas (evidencia media, nivel de acuerdo alto). Los riesgos de desplazamiento aumentan cuando las poblaciones que carecen de los recursos para realizar una migración planificada se ven sometidas a una mayor exposición a episodios meteorológicos extremos, tanto en las zonas rurales como urbanas, en especial en los países en desarrollo con bajos ingresos. La vulnerabilidad de esas poblaciones puede disminuir si aumentan sus posibilidades de movilidad. Los cambios en las pautas de migración pueden suponer respuestas tanto para los episodios meteorológicos extremos como para la variabilidad y el cambio del clima a largo plazo, y la migración también puede ser una estrategia eficaz de adaptación».

(IPCC, Mitigación, adaptación y vulnerabilidad, 2014)

A ello cabe añadir que el informe también estima que el cambio climático podría ser motivo de conflictos violentos, como guerras civiles o violencias entre grupos, debido al previsible aumento de factores que los generan como la pobreza y las crisis económicas.

Esta variable, sumada a la posible desaparición de Estados insulares, supone un motivo de preocupación por la ola de migrantes que pueda ocasionar. Teniendo en cuenta que la crisis de refugiados constituye un fenómeno muy reciente y, por tanto, está presente en las mentes de dirigentes europeos como Macron, dicha correlación no resulta baladí. Todavía es pronto para anticipar la magnitud del fenómeno, pero la multiplicidad de estudios realizados a este respecto, como por ejemplo los publicados por la Organización Internacional de Migraciones, Christian Aid o el Gobierno británico, demuestra que no es inexistente. Si a ello añadimos la larga lista de riesgos potenciales que conlleva el cambio climático, no sorprende que el presidente francés se preocupe por paliarlos y los priorice en su programa estratégico de política exterior con una dimensión humanista, haciendo hincapié en que «vele por nuestros hijos y las futuras generaciones, así como por las mujeres y hombres afectados por estos cambios» (LREM, 2017).

VII. Conclusiones y propuestas

El cambio climático, como vemos, es un asunto que suscita gran discusión a nivel internacional y desavenencia entre las posiciones promulgadas por Francia y los Estados Unidos. Desde que la ciencia desveló su existencia, ha generado conciencia a lo largo y ancho del planeta y hoy en día constituye una prioridad en la agenda política internacional. No es casualidad por tanto que, en este sentido, la preocupación por sus posibles consecuencias haya desembocado en la creación de sucesivos tratados para contrarrestar su avance. Entre ellos destaca el Acuerdo de París que, recordemos, ha logrado poner de acuerdo a 195 Estados, 175 de los cuales ya lo han ratificado.

No obstante, ello no ha frenado a Donald Trump en su intención de retirar los Estados Unidos del mismo y de poner sus intereses económicos y sociales por delante de los medioambientales. El autor de *The Art of the Deal* deja así la puerta abierta a renegociar el Acuerdo, con vistas a obtener unas condiciones «aceptables» para su país, que se concilien a su vez con los intereses que defiende. Cabe ser escépticos ante dicha posibilidad, tanto por las declaraciones en dirección contraria emitidas por Emmanuel Macron, como por la complejidad y el sentido de la injusticia frente a otros países que entraña. En cualquier caso, las cláusulas del Acuerdo dejan abierta la posibilidad de que los Estados Unidos no lleguen a retirarse formalmente, suponiendo que Donald Trump no renueve su mandato y el nuevo inquilino de la Casa Blanca opte por permanecer en el tratado.

Ello nos lleva a la primera conclusión que se desprende de este trabajo: nadie, ni siquiera los escépticos, niega la existencia del cambio climático y que este sea provocado, sobre todo, por la emisión de GEI. Existen matizaciones (p.ej.: en cuanto a la fiabilidad y exactitud de los modelos, las consecuencias que vaya a acarrear, el efecto dañino del CO₂ o la influencia del hombre en el proceso) y diferentes percepciones (p.ej.: que constituya una prioridad, tal como lo reseña Bjorn Lomborg). Sin embargo, no se cuestiona que se trate de un fenómeno en curso, tan solo la forma de presentarlo, de generar conciencia y de destinar tantos recursos a efectos de atajarlo. De ahí que Donald Trump, al anunciar la retirada de los Estados Unidos del Acuerdo, alegara

razones económicas, sociales y relativas al trato dispar entre países, en lugar de poner en entredicho la existencia del cambio climático.

En su lugar, se impone la visión expuesta por el IPCC, abrazada por la mayoría de los científicos de todo el mundo. De hecho, tal como lo recoge Jean-Christophe Victor, presentador del programa *Le dessous des cartes* del canal ARTE, el 97% de publicaciones académicas (entre 1991 y 2011) relacionadas con el cambio climático comparte la conclusión principal a la que llega dicho órgano, a saber, que el hombre es responsable del cambio climático (Victor J.-C. , 2015). Por esta y otras razones, cabe manifestar que el IPCC constituye una autoridad prestigiosa en este terreno, por lo que sus conclusiones sirven de guía de cara a interpretar el futuro que nos depara este fenómeno. Aquí, el IPCC propone cuatro escenarios posibles, cuya materialización dependerá del grado de mitigación y adaptación que lleve a cabo la comunidad internacional.

A tenor de las voces más autorizadas a este respecto, no se está haciendo lo suficiente por mantener el incremento de la temperatura mundial por debajo de los 2°C, objetivo primordial del Acuerdo, lo que puede dar lugar a una serie de consecuencias. En primer lugar, esto podría ser motivo de descontento en los Estados Unidos, teniendo en cuenta la posición adoptada por su presidente. A la hora de renovar su mandato, considerando el grado de concienciación de buena parte de la sociedad estadounidense en lo que al cambio climático se refiere, Trump podría verse sometido a cierta presión para que revierta su planteamiento. Sin embargo, no parece probable que esto suceda, por lo que podría constituir una razón para que buena parte del electorado opte por no votar por su renovación, sin perjuicio del resto de las razones tenidas en cuenta a la hora de votar por un candidato u otro. Esto podría facilitar que llegue un candidato demócrata al poder y, por extensión, que los Estados Unidos finalmente no se retiren del Acuerdo. Resultaría difícil cuantificar la probabilidad de que esto se materialice, pero sin duda es una posibilidad. Una posibilidad que contribuiría a mantener la temperatura mundial por debajo de los 2°C.

En segundo lugar, en el largo plazo esto podría originar mayor preocupación y, por ende, más tratados e iniciativas orientados a mitigar el cambio climático y sus consecuencias. Sin duda, esto no jugaría a favor del planteamiento de Trump. Por lo

tanto, socavaría la autoridad de las voces escépticas y se redoblarían los esfuerzos en dirección contraria. Aumentaría así el grado de implicación de los gobiernos locales, de las ciudades y del sector privado, sobre todo en los Estados Unidos.

En tercer lugar, magnificaría la figura de Emmanuel Macron, dando autoridad a su compromiso, y potenciaría el citado «*rayonnement de la France*». Todavía es pronto para evaluar hasta qué punto esto puede influir en su renovación como presidente, pero *a priori* sería un factor a favor y no en contra, como en el caso de su homólogo estadounidense. Siguiendo este razonamiento y asumiendo que los líderes políticos maniobran con la vista puesta en mantenerse en el poder, cabe interpretar que el planteamiento de Macron resulta más pragmático, inteligente y volcado en el largo plazo que el de Trump.

No obstante, el «conflicto» climático no solo se juega en el terreno de la legitimidad, de las instancias internacionales y del poder blando, sino también en el energético y, por tanto, del poder duro. En efecto, este factor es capital a la hora de analizar ambos planteamientos. Por un lado, Trump se inclina por potenciar la producción y exportación de petróleo, gas natural y carbón; mientras que, por el otro, Macron opta por centrarse en la innovación tecnológica y fomentar la formación e involucración de empresas, para que así Francia arañe su parte del pastel al negocio internacional de las renovables.

Aquí, cabe realizar varias puntualizaciones. La primera, que ambas estrategias presentan una vertiente a largo plazo. En este sentido, sería injusto tildar la de Trump de cortoplacista por no centrarse en las renovables, llamadas a ser protagonistas en la producción de energía de este siglo. Es cierto que el petróleo y el carbón son materias con los días contados por lo mucho que contaminan; sin embargo, no es así con el gas natural: no olvidemos que, por medio de esta estrategia, los Estados Unidos están llamados a rivalizar en 2022 con potencias exportadoras de gas natural licuado como lo son Australia y Catar y a robar mercado a Rusia. Esto no solo tiene repercusiones en lo que al cambio climático respecta, sino también en las relaciones con China y la Unión Europea, las sanciones a Rusia, la balanza comercial estadounidense, etc. Por lo tanto, cabría añadir aquí que valorar la referida estrategia únicamente sobre la base del Acuerdo daría lugar a un juicio reductor.

La segunda, que Trump está desperdiciando una ventana de oportunidad para convertir los Estados Unidos en líderes en materia de energías renovables. Francia — aunque también Alemania, China y otros— es consciente de ello, por lo que, con las semillas de hoy, podría cosechar sus frutos mañana (cifrados según Paul Bodner en 25 billones de \$ en los próximos 25 años). Huelga decir, no obstante, que Francia no tenía opción de escoger, como sí la tenían los Estados Unidos. Al no disponer de tantos recursos naturales, Francia —y Europa en general— se ve forzada a optar por la sofisticación tecnológica para vender bienes y servicios, lo cual se extrapola a todo lo relacionado con el medioambiente. Los Estados Unidos, en contraste, gozan de una industria petrolera galopante cuya producción alcanzaría la de Irak en 2020 (10,6 millones de barriles) y extrae gas de lutita con crecientes mejoras en términos de eficiencia (Economist, After OPEC, 2015). Así, ya no solo se proponen lograr la autosuficiencia energética, sino también la dominancia.

Además, sin perjuicio de los intereses en juego para ambos países, no hay que perder la vista del hecho de que estos se engloban en dos perspectivas ideológicas muy fuertes y arraigadas. Como diría Susana Malcorra, exjefa del gabinete de Ban Ki-Moon y hasta hace un año ministra de Exteriores de la República Argentina, en una conferencia que tuvo lugar en nuestra Universidad, «los objetivos del Acuerdo se llevan a patadas con los intereses económicos de Trump en su país, pero además es muy difícil defender algo en lo que no se cree». En contraste, los objetivos del Acuerdo se adaptan a la perfección tanto a los objetivos de política exterior formulados por Macron, económicos y políticos, como a su posición ideológica, facilitando así plasmar su línea de acción.

En definitiva, como este trabajo ha tratado de demostrar, la ideología no solo da forma a las hojas de ruta medioambiental de ambos presidentes, sino que también se concilia con intereses concretos en materia política, económica y social. En mi opinión, la estrategia de Macron es más acertada por resultar más sostenible en el largo plazo y más acogedora por parte de la opinión pública. En contraste, Trump obtiene réditos en el presente y posiblemente en el medio plazo, a costa de no desbrozar el camino para el futuro. Además, cabe la posibilidad de que no renueve su mandato y, en tal caso, se revierta su estrategia medioambiental y energética. En cualquiera de los casos, el tiempo dirá cuál de los dos mandatarios hizo más por su país durante su presidencia.

Por ahora, parece que Macron se perfilará como un líder visionario capaz de enderezar su país por un camino beneficioso y sostenible en el tiempo; mientras que Trump, por su parte, bien podría acabar siendo recordado como un borrón en la historia estadounidense, un grito de una parte de su sociedad sin posibilidad de permanencia.

Referencias

- Baker, P. (1 de junio de 2017). *In Rejecting Popular Paris Accord, Trump Bets on His Base*. Obtenido de *The New York Times*:
<https://www.nytimes.com/2017/06/01/climate/paris-accord-trump-conservative-base.html>
- Bodner, P. (15 de marzo de 2017). *An American First Climate Policy*. Obtenido de *Center for Strategic and International Studies*: <https://www.csis.org/analysis/america-first-climate-policy>
- Brunet, R. (15 de noviembre de 2017). *La diplomatie climatique de Macron : décalage entre discours et réalité*. Obtenido de *France24*: <http://www.france24.com/fr/20171115-cop23-france-macron-diplomatie-climat-environnement-hulot-decalage-mesures-concretes>
- Economist. (14 de mayo de 2015). *After OPEC*. Obtenido de *The Economist*:
<https://www.economist.com/news/business/21651267-american-shale-firms-are-now-oil-markets-swing-producers-after-opec>
- Economist. (6 de junio de 2015). *Walking the walk*. Obtenido de *The Economist*:
<https://www.economist.com/news/business/21653620-firms-increasingly-believe-saving-planet-good-business-walking-walk>
- Economist. (12 de noviembre de 2016). *Election 2016: How it happened*. Obtenido de *The Economist*: <https://www.economist.com/news/united-states/21710028-donald-trump-won-fewer-votes-mitt-romneyin-2012-hillary-clinton-did-much-worse>
- Economist. (15 de marzo de 2018). *Special report: The new power superpowers*. Obtenido de *The Economist*: <https://www.economist.com/news/special-report/21738582-energy-transitions-change-world-writes-henry-tricks-so-who-will-be-winners-and>
- Eilperin, J. (2 de noviembre de 2017). *Trump agriculture nominee Sam Clovis confirms he has no hard-science credentials, withdraws over ties to Russia probe*. Obtenido de *The Washington Post*: https://www.washingtonpost.com/news/energy-environment/wp/2017/11/02/sam-clovis-trumps-nominee-for-usdas-top-scientist-confirms-he-has-no-hard-science-credentials/?noredirect=on&utm_term=.8e599610f668

- Elcano, R. I. (22 de febrero de 2017). *Trump versus the planet? No global climate action derailment but uncertainty on the horizon*. Obtenido de *Real Instituto Elcano*: <https://blog.realinstitutoelcano.org/en/trump-versus-planet-no-global-climate-action-derailment-but-uncertainty/>
- Glore, J. (11 de diciembre de 2017). *Macron says it was "aggressive" for U.S. to decide to leave Paris climate accord*. Obtenido de *CBS News*: <https://www.cbsnews.com/news/emmanuel-macron-aggressive-for-us-to-decide-to-leave-paris-climate-accord/>
- Gomart, T. (27 de noviembre de 2017). *La politique étrangère d'Emmanuel Macron : retour au réalisme ?* Obtenido de *Institut français des relations internationales*: <https://www.ifri.org/fr/espace-media/lifri-medias/politique-etrangere-demmanuel-macron-retour-realisme>
- Haeringer, N. (8 de noviembre de 2017). *France awarded "Fossil of the Day" at COP23*. Obtenido de *350.org*: <https://350.org/france-is-fossil-of-the-day-at-cop23/>
- Happer, W. (27 de marzo de 2012). *Climate Models Are Wrong Again*. Obtenido de *The Wall Street Journal*: <https://www.wsj.com/articles/SB10001424052702304636404577291352882984274>
- Harris, T., & Carter, B. (14 de septiembre de 2014). *Leo vs. science: vanishing evidence for climate change*. Obtenido de *The New York Post*: <https://nypost.com/2014/09/14/leo-v-science-vanishing-evidence-for-climate-change/>
- Henderson, D. R., & Cochrane, J. H. (30 de julio de 2017). *Climate Change Isn't the End of the World*. Obtenido de *Cato Institute*: <https://www.cato.org/publications/commentary/climate-change-isnt-end-world>
- Ignatieff, M. (2006). Chapter 1. Introduction: American Exceptionalism and Human Rights. En M. Ignatieff, *American Exceptionalism and Human Rights* (págs. 2-27). Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Institute, B. (20 de octubre de 2017). *Tracking deregulation in the Trump era*. Obtenido de *Brookings Institute*: <https://www.brookings.edu/interactives/tracking-deregulation-in-the-trump-era/>
- IPCC. (2014). *Informe de síntesis*. Obtenido de Intergovernmental Panel on Climate Change: https://www.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar5/syr/AR5_SYR_FINAL_SPM_es.pdf

- IPCC. (2014). *Mitigación, adaptación y vulnerabilidad*. Obtenido de Intergovernmental Panel on Climate Change: http://www.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar5/wg2/ar5_wgII_spm_es.pdf
- King, J. Y. (10 de julio de 2013). *Op-Ed: Ending Poverty Includes Tackling Climate Change*. Obtenido de World Bank: <http://www.worldbank.org/en/news/opinion/2013/07/10/op-ed-ending-poverty-includes-tackling-climate-change>
- Lázaro Touza, L. (17 de enero de 2018). *Trump y el cambio climático: acciones y reacciones, ¿iguales, opuestas e insuficientes?* Obtenido de Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/especiales/especial+cambio+climatico/ari4-2018-lazaro-trump-cambio-climatico-acciones-reacciones-iguales-opuestas-insuficientes
- Lomborg, B. (2007). *El ecologista escéptico*. Madrid: Espasa.
- LREM. (2017). *Le programme d'Emmanuel Macron concernant l'international*. Obtenido de En Marche !: <https://en-marche.fr/emmanuel-macron/le-programme/international>
- Macron, E. (2 de junio de 2017). *Déclaration suite au retrait des Etats-Unis de l'accord de Paris*. Obtenido de Elysée: <http://www.elysee.fr/declarations/article/declaration-suite-au-retrait-des-etats-unis-de-l-accord-de-paris/>
- Macron, E. (11 de diciembre de 2017). *Discours du Président de la République - Station F : Tech for Planet*. Obtenido de Elysée: <http://www.elysee.fr/declarations/article/discours-du-president-de-la-republique-station-f-tech-for-planet/>
- Macron, E. (17 de noviembre de 2017). *Discours du Président de la République Emmanuel Macron, lors de la COP23 à Bonn*. Obtenido de Elysée: <http://www.elysee.fr/declarations/article/discours-du-president-de-la-republique-emmanuel-macron-lors-de-la-cop23-a-bonn/>
- Mead, W. R. (1999). *The Jacksonian Tradition*. Obtenido de *The National Interest*: <https://drive.google.com/file/d/0B-5-JeCa2Z7hZmU2ZTg0OTktYTRINC00NzA2LThlOWItYzg5ODU4NTViYTE0/view?pref=2&pli=1>

- Mead, W. R. (marzo/abril de 2017). *The Jacksonian Revolt: American Populism and the Liberal Order*. Obtenido de *Foreign Affairs*: <https://www.foreignaffairs.com/articles/usa/2017-01-20/jacksonian-revolt>
- MEEM. (2015). *Le prix du carbone: levier de la transition énergétique*. Obtenido de Ministère de l'Environnement, de l'Énergie et de la Mer: https://www.ecologique-solidaire.gouv.fr/sites/default/files/prix-carbone_4p_DEF_Fr.pdf
- Mufson, S. (11 de diciembre de 2017). *Promising to 'Make Our Planet Great Again,' Macron lures 13 U.S. climate scientists to France*. Obtenido de *The Washington Post*: https://www.washingtonpost.com/news/energy-environment/wp/2017/12/11/promising-to-make-our-planet-great-again-macron-lures-13-u-s-climate-scientists-to-france/?noredirect=on&utm_term=.f1d40d174241
- ONU. (9 de mayo de 1992). *Convención Marco de las Naciones Unidas*. Obtenido de United Nations Framework Convention on Climate Change: <https://unfccc.int/resource/docs/convkp/convsp.pdf>
- ONU. (12 de diciembre de 2015). *Acuerdo de París*. Obtenido de United Nations Framework Convention on Climate Change: <https://unfccc.int/resource/docs/2015/cop21/spa/l09s.pdf>
- Stracqualursi, V. (2 de junio de 2017). *How the US coal industry is reacting to the Paris Climate Accord withdrawal*. Obtenido de *ABC News*: <http://abcnews.go.com/Politics/us-coal-industry-reacting-paris-climate-agreement-withdrawal/story?id=47789832>
- Swanborough, J. (2016). What Trump Will Mean for the Paris Climate Agreement. *World Economic Forum*, 4.
- Tagliapietra, S., & Zachmann, G. (30 de mayo de 2017). *Adieu Paris: what's next for climate policy if Trump ditches the Paris Agreement?* Obtenido de *Bruegel*: <http://bruegel.org/2017/05/adieu-paris-whats-next-for-climate-policy-if-trump-ditches-the-paris-agreement/>
- Taylor, J. (23 de noviembre de 2011). *Climategate 2.0: New E-Mails Rock The Global Warming Debate*. Obtenido de *Forbes*: <https://www.forbes.com/sites/jamestaylor/2011/11/23/climategate-2-0-new-e-mails-rock-the-global-warming-debate/#79854c4c27ba>

- Total. (24 de mayo de 2016). *Climate: A conversation with Patrick Pouyanné*. Obtenido de Total: <https://www.total.com/en/news/Total-strategy-integrating-climate>
- Trump, D. J. (1 de junio de 2017). *Statement by president Trump on Paris Accord*. Obtenido de White House: <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/statement-president-trump-paris-climate-accord/>
- Victor, D. G. (17 de noviembre de 2016). *How Trump could reverse U.S. climate cooperation*. Obtenido de *Brookings Institute*: <https://www.brookings.edu/blog/order-from-chaos/2016/11/17/how-trump-could-reverse-u-s-climate-cooperation/>
- Victor, J.-C. (28 de noviembre de 2015). *Le dessous des cartes: Les scenariis de la COP21 (2/2)*. Obtenido de Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=xdHlvB04NVY>
- WRI. (11 de abril de 2017). *This Interactive Chart Explains World's Top 10 Emitters, and How They've Changed*. Obtenido de *World Resources Institute*: <http://www.wri.org/blog/2017/04/interactive-chart-explains-worlds-top-10-emitters-and-how-theyve-changed>